

EL ARTE, UNA VENTANA DEL ESPÍRITU

Gerardo Remolina, S.J.

*La auténtica intuición artística
va más allá de lo que perciben
los sentidos y, penetrando la
realidad, intenta interpretar su
misterio escondido.
(Juan Pablo II)¹*

1. El arte, aire del espíritu y luz del corazón

El arte es como una ventana abierta a la inmensidad de lo que nos supera, de lo que está más allá de nosotros. Es una suerte de ruptura del alma que nos abre a horizontes amplísimos de emociones, sentimientos, sueños y esperanzas. El arte es el aire del espíritu, la luz del corazón, el color de la inteligencia. El arte nos permite ver y escuchar lo que se esconde detrás de la rutina cotidiana, de la opacidad de la realidad de la vida. El arte nos hace más humanos y más divinos, porque nos acerca más al mundo de lo Trascendente, de lo que está “más allá”, de lo que nos supera. El arte nos acerca al abismo insondable de la misma belleza increada. Por ello la experiencia estética, es quizás la más cercana a la experiencia religiosa y a la experiencia mística.

Nuestro gran Pontífice Juan Pablo II, poeta y actor teatral, afirmaba:

La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable: “¡tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde de amé!”²

Todos los artistas tienen en común la experiencia de la distancia insondable que existe entre la obra de sus manos, por lograda que sea, y la perfección fulgurante de la belleza percibida en el fervor del momento creativo (...) El creyente no se maravilla de esto: sabe que por un momento se ha asomado al abismo de la luz que tiene su fuente originaria en Dios.³

El arte, una ventana del espíritu

¹ “Carta a los Artistas” (abril 4 de 1999), n.6

² Juan Pablo II, “Carta a los Artistas”, n.4

³ Ib. n.6

El arte, pues, al desatar nuestros anhelos más profundos y poner en juego nuestra imaginación nos conduce a realidades más elevadas y sublimes.

El arte nos hace más semejantes a Dios: porque el arte es creación, y la creación es una característica propia y exclusiva de Dios. En realidad sólo Dios puede crear en un sentido estricto: producir algo de la nada. Sin embargo, los seres humanos, hechos a imagen y semejanza suya, ¡imitamos de manera maravillosa, a través de nuestra creatividad, esta característica propia de Dios! Por ello la creatividad es también algo que nos define como seres humanos.

En la «creación artística» -afirma Juan Pablo II- el hombre se revela más que nunca «imagen de Dios» y lleva a cabo esta tarea plasmando la estupenda «materia» de la propia humanidad y, después, ejerciendo un dominio creativo sobre el universo que lo rodea.⁴

La captación de lo inefable

Según el filósofo y teólogo judío, Abraham Heschel, el arte radica en el “sentido de lo inefable”, es decir, de aquello que no podemos expresar con palabras, pero que tenemos la urgencia de expresar de alguna manera. “Es la conciencia de **tener que** captarlo, como si fuera un **imperativo**, una compulsión a prestar atención a lo que está más allá de nuestra comprensión.

Lo que caracteriza al hombre no es su habilidad para desarrollar palabras y símbolos, sino también el sentirse impelido a distinguir entre lo expresable y lo inexpressable, a sentirse sorprendido por lo que no puede poner en palabras. (p.4) Es el sentido de lo sublime lo que debemos mirar como la raíz de las actividades creativas del hombre en el arte, en el pensamiento y en la vida noble. Así como ninguna flora ha desplegado la vitalidad oculta de la tierra, así ninguna obra de arte ha expresado nunca la profundidad de lo inefable, en razón de lo cual viven las almas de los santos, los poetas y los filósofos. El intento de comunicar lo que vemos y no podemos decir es el tema eterno de la sinfonía inconclusa de la humanidad, una aventura en la que la adecuación nunca se acaba.⁵

Lo inefable habita en lo magnífico y en lo común, en lo grandioso así como en los hechos diminutos de la realidad. Algunos sienten esta cualidad en los acontecimientos extraordinarios con intervalos distantes; otros la sienten en los acontecimientos ordinarios, en cada pliegue, en cada rincón, día tras día, hora tras hora. (...) Oyen el silencio que habita el mundo, no obstante nuestro ruido, no obstante nuestro bullicio. Ligeras y simples como pueden ser las cosas –un trozo de papel, un pedazo de pan, una palabra, una mirada- ellas esconden un secreto nunca

⁴ Ib.n.1

⁵ Abraham Heschel, *Man is not alone - A Philosophy of Religion*, Octagon Books. N.Y. 1976, (pp.3-4). Traducción de algunos textos por Gerardo Remolina, S.J. -

terminado: ¿Un reflejo de Dios? ¿Un parentesco con el espíritu del ser? ¿El eterno relámpago de un querer? ⁶

En otras palabras, como él mismo lo afirma, el mundo es una “alusión”: “Lo que encontramos en nuestra percepción de lo sublime, en nuestro asombro radical, es una sugerencia espiritual de realidad, de *alusión* al sentido trascendente. El mundo en su grandiosidad está lleno de una radiación espiritual, para la cual no tenemos nombre ni concepto.”⁷

Nuestro poeta, Jaime García Maffla, hablando de la experiencia poética, afirma:

Tanto la experiencia poética, como la experiencia trascendente van a lo indecible, y sus senderos no son los de un contenido, sino los de un Sentido. Este Sentido no abraza la vida sino nuestra intimidad, que en su círculo cerrado, más que indecible es intransferible.

No están puestas en juego ni el pensamiento ni la razón, sino la vivencia pura, despojada de objetos exteriores y, al cabo, situada por el sentimiento y la sensibilidad. Nos sitúa en el instante que dibuja nuestro rostro ante el mundo, ante lo otro y los otros, ante lo inmaterial y lo Absoluto. ⁸

La experiencia poética se ubica, según él, donde “se alzan la ausencia y el abismo”. Es en el abismo insondable de lo trascendente y lo divino.

“La auténtica intuición artística – escribe Juan Pablo II- va más allá de lo que perciben los sentidos y, penetrando la realidad, intenta interpretar su misterio escondido. Dicha intuición brota de lo más íntimo del alma humana, allí donde la aspiración a dar sentido a la propia vida se ve acompañada por la percepción fugaz de la belleza y de la unidad misteriosa de las cosas.”⁹

Por otra parte, conviene explicitar con Bonifacio G. Baroffio, que la música sacra, como creación artística, introduce en “el corazón de un misterio sobre el cual se puede y se debe reflexionar. Pero el misterio exige sobre todo acercarse a él con ánimo orante y poético: en la humildad de la fe que se deja amaestrar por el Espíritu, en la ferviente creatividad expresiva.”¹⁰

Y refiriéndose a dos clásicas piezas musicales, al *Iam Christus astra ascenderit* y al *Veni creator Spiritus*, el mismo autor afirma: “Al escuchar estas músicas lo más importante, al fin y al cabo, es lograr percibir esa voz que en el silencio sugiere al corazón los sentimientos y las palabras y las notas a través de las cuales la fe se comunica del Padre al

⁶ Ib. p.5

⁷ Ib. p.22

⁸ Jaime García Maffla, *Experiencia poética y trascendente*, Protocolo (manuscrito) de su Lección del día 13 de junio de 2009.

⁹ Carta a los Artistas, 1999, No.6

¹⁰ Bonifacio G. Baroffio, *Presentazione*, del CD “*Spiritus Domini.- Solennità di Pentecoste*”, Canti Gregoriani, Direttore Fulvio Rampi, p.3.

Hijo en el vínculo de la caridad: sólo ella está en capacidad de testimoniar la presencia del Espíritu de Dios en la historia cotidiana de los hombres”.

Necesidad de artistas

Según el Concilio Vaticano II,

Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une a las generaciones y las hace comunicarse en la admiración.”¹¹

Afirmación ratificada, a su vez, por Juan Pablo II:

La sociedad, en efecto, tiene necesidad de artistas, del mismo modo que tiene necesidad de científicos, técnicos, trabajadores, profesionales, así como de testigos de la fe, maestros, padres y madres, que garanticen el crecimiento de la persona y el desarrollo de la comunidad por medio de ese arte eminente que es el “arte de educar”. En el amplio panorama cultural de cada nación, los artistas tienen su propio lugar. Precisamente porque obedecen a su inspiración en la realización de obras verdaderamente válidas y bellas, no sólo enriquecen el patrimonio cultural de cada nación y de toda la humanidad, sino que prestan un servicio social cualificado en beneficio del bien común.¹²

El arte y la tradición educativa jesuítica

Por todo lo anterior, el arte ha sido algo tradicional en la educación de las Instituciones regidas por la Compañía de Jesús. Baste recordar las obras del arte barroco jesuítico en pintura, escultura, ingeniería y arquitectura, dispersas por todo el mundo, o los coros de las famosas Reducciones del Paraguay, en donde la música fue uno de los instrumentos preferidos para la evangelización de los pueblos americanos.

El historiador de las famosas Reducciones del Paraguay, Alberto Armani, nos cuenta en su libro *“Ciudad de Dios y Ciudad del Sol”* (Fondo de Cultura Económica, México 1982), lo siguiente:

La música y el canto ocuparon (...) un puesto de notable importancia en el sistema educativo de los jesuitas. La música ya les era familiar a los guaraníes, que tenían para este arte una particular sensibilidad y una natural inclinación. Su escala musical era pentafónica (cinco notas sin los tonos intermedios) y los instrumentos usados iban desde los de viento hasta los de percusión y cuerdas. Los jesuitas introdujeron, junto a la música local, la música europea: Yapeyú fue la Reducción donde se formaron los mejores maestros de la música guaraní, especialistas en trompeta y

¹¹ Concilio Vaticano II, “Saludo y Mensaje a los Artistas”, No.19

¹² “Carta a los Artistas”, n.4

corneta, violín, viola y violoncello, órgano e instrumentos indígenas. Un solista guaraní de las Reducciones, Plácido Azurica, fue llamado por la orquesta del Seminario Conciliar de Buenos Aires, y se incorporó a ella. En los años que siguieron inmediatamente a la expulsión de los jesuitas (1768), un alumno de los discípulos de aquél, Cristóbal Piriobí, se convirtió en uno de los más grandes solistas de la historia musical de las regiones del Plata, con un repertorio que incluía música de Clementi, Boccherini y Hadyn, para espineta, violín y guitarra clásica. También en Yapeyú surgió, junto a la próspera escuela de música, una fábrica de instrumentos musicales que produjo piezas bastante estimables, en su mayoría órganos”. (p.167)

En la Reducción de Santiago, se creó una escuela de música bajo la dirección del famoso compositor jesuita, Domenico Zipoli. Otras Reducciones siguieron el ejemplo de la de Santiago y -continúa Armani- ,

Su música se hizo tan popular en las misiones, que todavía varios decenios después de su muerte se la usaba para acompañar danzas y piezas de teatro musical representadas en 1760 por artistas de las Reducciones de Trinidad, Mártires y Santo Tomé, para festejar la ascensión al trono de Carlos III de España. (p.168)

Hoy en día, en algunos lugares, como en la Iglesia de Sankt Michael, en Munich, todos los domingos se interpreta, de manera casi teatral, durante la celebración de la Eucaristía, una de las “Misas Solemnes” de los grandes compositores. Es que el arte, en cualquiera de sus manifestaciones, alimenta el espíritu, fortalece la mente y libera el corazón.

La Congregación General XXXIV de los Jesuitas, su máxima autoridad colegiada, reunida en 1995 en Roma, hacía en su documento oficial la siguiente afirmación:

Casi desde su fundación, la Compañía se ha dedicado a la enseñanza universitaria, la investigación y las publicaciones científicas. Desde la astronomía hasta al baile clásico, desde las humanidades hasta la teología, hemos intentado ocuparnos del lenguaje y temática de las culturas heredadas o nacientes.¹³

Los primeros jesuitas en sus Colegios juntaban la catequesis cristiana con la enseñanza de las Humanidades, el arte y el teatro para que sus alumnos se hicieran versados tanto en la fe como en la cultura europea (Decreto4, no.10).

De esta clara estima de las artes encontramos maravillosos testimonios en las diversas ediciones de la “*Ratio Studiorum*”, monumento original de la pedagogía jesuítica.

¹³ CG 34, Decreto 17, no. 1

Bien vale la pena terminar estas reflexiones sobre el arte, la música, y su relación con lo divino, haciéndonos eco del llamamiento de Juan Pablo II a los artistas:

Que la belleza que transmitáis a las generaciones del mañana provoque asombro en ellas.

Ante la sacralidad de la vida y del ser humano, ante las maravillas del universo, la única actitud apropiada es el asombro.¹⁴

¹⁴ “Carta a los Artistas”, n.16